

# El hombre de las montañas

*Narrada por Eesha Sardesai*

Había una vez un hombre llamado Gayau que decidió que estaba harto y necesitaba un respiro de la sociedad. Se encontraba cansado de la mala comunicación en el trabajo, de los malentendidos en su familia, de la lucha diaria por lograr que la gente coincidiera con sus puntos de vista. Cuando compartió su situación con un amigo, que también era un mentor para él, el amigo le sugirió que diera un largo paseo en la naturaleza. La quietud de las montañas y los bosques, la serenidad de los lagos y los ríos, serían muy buenos para el espíritu de Gayau. Aligerarían algo de la carga que pesaba sobre su mente.

A Gayau le gustó esta idea. “Sí —pensó—, mucho mejor pasar mi tiempo en soledad, lejos de toda distracción e irritación”.

Gayau vivía en un pequeño pueblo cerca de la Patagonia en el extremo de Sudamérica. No faltaban bellezas naturales que él pudiera explorar. Se puso en marcha de inmediato, rodeando las soleadas colinas y a lo largo de zigzagueantes riachuelos de color turquesa. Después de algunos pasos, hacía una pausa para admirar las montañas en la distancia; la grandeza de sus picos, las grietas erosionadas de sus taludes rocosos le transmitían seguridad. Estaban solo él, Gayau, y los magníficos exteriores. La vida no podía ser mejor.

Cuando llevaba algunas horas de caminata, Gayau encontró una loma cubierta de una suave hierba donde descansar. La vista desde allí era particularmente espléndida. A su izquierda había un prado salpicado de flores moradas de altramuz, detrás se hallaban aquellos poderosos picos, y arriba, un lienzo de incesante azul. Ni una sola nube a la vista.

Hasta que, por supuesto, la hubo. Gayau estaba tendido sobre la hierba, sintiendo en la cara la calidez del sol de la tarde, cuando vio una gran masa de algodón avanzando firme sobre su cabeza. Un momento después, había bloqueado el sol.

— ¡Eh! — dijo Gayau —. Oigan, nubes, paren esto. ¡Váyanse!

Entonces, desde algún lugar detrás de las colinas, oyó un sonido.

— *Váyaaaaaaanse – aaaaaaaanse ...* — Sonaba como la voz de alguien: un hombre en algún lugar de las montañas, gritando a alguien o a algo.

Curioso, Gayau pensó que llamaría a este hombre.

— ¿Quién anda allí?

— *¿Quién anda allí? ¿Quién anda allí? Allí, allí, allí, allí...*

— No, en verdad, ¿quién eres tú?

— *Tú, tú, tú, tú, tú ...*

— No *yo*, ¡TÚ! — gritó exasperado Gayau. Vaya, ¡este hombre de las montañas de veras era estúpido!

— *Yo, yo, yo... tú, tú, tú...* — respondió la voz

“Bueno, sólo se está burlando de mí — pensó Gayau —. *Le voy a dar una lección*”.

Así, Gayau hizo los hombros hacia atrás, hinchó el pecho, y gritó con su voz más firme y formal:

— ¡BASTA YA!

¡Ay!, el hombre de las montañas estaba listo. Su respuesta llegó al momento:

— *Basta ya, ya, ya, ya...*

Esto fue demasiado para Gayau.

— ¡AAAHJJJJJJ! — gritó.

La respuesta llegó predeciblemente — *“Aaaaaahjjjjj”* —. Pero para entonces, Gayau ya había empezado a lanzar insultos al hombre. No tenía sentido razonar con él, así que, ¿por qué no?

— ¡Tonto! — gritó Gayau — ¡Pesado! ¡Imbécil!

Los insultos, por supuesto, reverberaron de vuelta hacia él, con su sonido y cacofonía magnificados por cien. Gayau miró alrededor con ira y confusión; las colinas y las montañas que habían sido tan acogedoras pocos minutos antes, ahora parecían aplastarle con las ásperas notas rebotando en sus paredes inflexibles.

“¡Cómo se atreve este hombre a hablarme así! —pensó—. ¡A mí, Gayau! ¡Y mira lo que ha hecho! Me ha arruinado este hermoso lugar.”

Con una última y amarga mirada a las montañas, Gayau giró sobre sus talones y se fue directo a casa. Farfullaba entre dientes al caminar, con los pensamientos zumbando en su cabeza como un enjambre de moscas. La zona alrededor de su corazón se sentía oprimida, contraída por un millón de barreras invisibles que habían surgido allí de pronto.

Llegó al sendero de tierra que llevaba a su casa, un buen rato después. Al empezar a subirlo, vio a su amigo que venía hacia él en sentido opuesto.

—¡Gayau! —dijo el amigo—. He venido a verte para saber si habías regresado de tu caminata. Pero, espera, ¿qué pasó? —El amigo vio la expresión en la cara de Gayau. Era tan pétrea como las montañas de las que acababa de salir.

—¡No lo vas a *creer*! —dijo Gayau. Le explicó lo que había ocurrido, cómo estaba en las montañas pensando en sus cosas, haciéndose uno con la naturaleza, cuando este grosero extraño se había entrometido.

El amigo de Gayau escuchó con atención, mordiéndose el labio para no reír. Por un momento no dijo nada. Luego, puso sus manos sobre los hombros de Gayau.

—Gayau, —le dijo amablemente—. ¿Por qué no lo intentas de nuevo? Regresa a las montañas. Tú mismo has dicho cuánto te gustó estar allí; quiero decir, antes de tu desafortunado incidente con ...ahhh...ese hombre de las montañas.

Ya había abierto Gayau la boca para responder furioso. Su amigo simplemente sonrió y levantó una mano antes de continuar:

—Gayau, la diferencia es que cuando vayas esta vez, quiero que digas cosas que sean enaltecedoras. Di cosas que quieras escuchar, que desees que alguien te diga a ti. Tengo la sensación de que si haces eso, el hombre de las montañas no te va a importunar tanto.

Bruscamente, Gayau cerró la boca. Alzó una ceja. No estaba seguro de este plan. Pero entonces, pensó, ¿qué podía perder? O sería el hombre de las montañas el que lo estuviera molestando, o alguien en el pueblo. Al menos en las montañas podría disfrutar más el paisaje.

Así que fue caminando de regreso, definitivamente menos entusiasmado de lo que lo estaba la primera vez. Finalmente encontró el mismo sitio de la loma cubierta de hierba donde había descansado antes. Las flores de altramuz estaban a la izquierda, y arriba, ese vasto cielo azul. Se sentó, dándose un momento para acomodarse. Sentía su respiración moverse por todo su cuerpo. Miró alrededor el increíble panorama de color y textura.

Algo en su pecho —una opresión que no había advertido que estuviera allí— empezó a soltarse. “Bello”, dijo suavemente, mirando las montañas.

—Bello —dijo de nuevo, esta vez más alto, para que las montañas y las colinas lo pudieran oír.

—*Bello* —cantó en respuesta una voz angelical—. *Bello, bello, bello, bello...*

Una sonrisa apareció en la cara de Gayau. ¡Qué sonido tan melodioso! Empezó a pensar en todos los demás pensamientos maravillosos que quería escuchar en voz alta, todas las clases de sentimientos que deseaba que alguien le dijera. Los gritó uno tras otro y su voz se volvía más ferviente, más extática. Cada vez, el hombre de las montañas le cantaba en respuesta. O... ¿eran las montañas mismas las que cantaban? ¿Era el cielo arriba o la tierra abajo?

A medida que el sonido rodeaba a Gayau y que giraba por todo su ser, sus pensamientos se volvían hacia su amigo y mentor, quien le había aconsejado que regresara a visitar las montañas. Gayau sintió que brotaba en él un fuerte afecto por su sabio y constante amigo, y una expresión de gratitud llegó a sus labios. De hecho, empezó a pensar en todas las personas de su vida con un cariño recién descubierto, y dio voz a todo el respeto que tenía por ellos, a las cualidades de ellos que admiraba, a los buenos sentimientos que tenía en su presencia.

La positividad abundaba —resonaba— a través de las montañas, sus numerosos sonidos se entremezclaban como los de algún tipo de carrillón celestial. La energía de la vibración de este sonido era tan potente, tan palpable, que Gayau quería alcanzarla y tocarla.

Así que allí estuvo, este hombre de las montañas, con los brazos tendidos hacia la gran extensión de la Patagonia que tenía ante él. Allí estuvo, con la mente inmersa en la música. Allí estuvo con la mente absorta en el silencio.

